

JON LEE ANDERSON

LOS AÑOS DE LA ESPIRAL

CRÓNICAS DE AMÉRICA LATINA

TRADUCCIÓN DE DANIEL SALDAÑA PARÍS

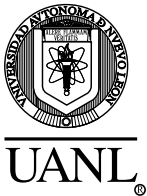
sexto punto realidades



Los años de la espiral
Crónicas de América Latina

JON LEE ANDERSON

TRADUCCIÓN DE DANIEL SALDAÑA PARÍS



Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Copyright © 2020, JON LEE ANDERSON

Primera edición: 2020

Traducción
© DANIEL SALDAÑA PARÍS

Imagen de portada
© SEBASTIAN LISTE / NOOR

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2020
América 109
Colonia Parque San Andrés, Coyoacán
04040, Ciudad de México, México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Copyright © UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Dirección de Editorial Universitaria
Casa Universitaria del Libro
Padre Mier 909 Pte. Centro
64000, Monterrey, Nuevo León, México

editorialuniversitaria.uanl.mx

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

ISBN: 978-84-18342-06-6

Impreso en México

En memoria de los que han ido:

*Leonardo Acosta
Françoise Arnesen
Mercedes Barcha
Fernando Barral
Tina Firmignac
Vanadia Humphries
Michael Jacobs
Nick Richards
Macky Sanchez de Córdoba
David Sullivan*

Y bienvenida a los que han llegado:

*Agnes, Alma, Beau & Ingrid,
Azalea y Jovicitas,
Antia, Eva y Nicanor*

ÍNDICE

Prólogo: Los años de la espiral	11
La buena samaritana	23
Lecciones funerarias: del Che a Bin Laden	41
Chávez, cáncer y Cuba	45
Hobsbawm y los bandidos	49
El señor de la miseria	53
Posdata: Hugo Chávez (1954-2013)	87
Neruda, Pinochet y la dama de hierro	93
Detectives privados	99
El canal del comandante	127
Entre risas con Gabo	159
Obama y Castro hacen historia	165
Levantar la cortina	171
Una bandera estadounidense en Cuba	193
Las réplicas del temblor	197
La vida secreta de Ciudad de Panamá	219
Dilma Rousseff y el año horrible de Brasil	223
La cultura de la corrupción en Argentina	229
Una tribu aislada emerge de la selva	237
Noventa años de Fidel Castro	269
Un acuerdo de paz en Colombia, por fin	275

Los prófugos estadounidenses de La Habana	283
Una nueva Cuba	291
Posdata: Fidel Castro (1926-2016)	325
Posdata: Ciro Roberto Bustos (1932-2017)	331
La guerrilla colombiana sale de la selva	337
Manuel Noriega, un gandul de otra época	357
Cómo lidia México con Trump	365
La revolución acelerada de Nicolás Maduro	387
El sueño de la independencia puertorriqueña y la historia de Heriberto Marín	417
La vida eterna de Pablo Escobar	427
Mientras Castro se prepara para dejar el poder, la política de Trump en torno a Cuba es un camino a ninguna parte	455
Lula se derrumba y la democracia brasileña luce inestable	463
El diplomático que renunció al gobierno de Trump	469
Una nueva revolución en México	491
<i>Fake news</i> y disturbios en Nicaragua	517
Jair Bolsonaro, favorito para la presidencia de Brasil: mitad Donald Trump, mitad Rodrigo Duterte	537
El arzobispo Óscar Romero ya es santo, pero su muerte sigue atormentando a El Salvador	543
El misterioso síndrome de La Habana	551
La estrategia sureña de Jair Bolsonaro	589
Los dos presidentes de Venezuela	615
Oro sangriento en la selva brasileña	645
El palacio quemado	675
Reconocimientos	705

PRÓLOGO: LOS AÑOS DE LA ESPIRAL

Quizás el periodismo no sea el mejor oficio del mundo, como exageró tan genialmente Gabriel García Márquez, pero se queda cerca. Cuando repaso las experiencias que el oficio me ha proporcionado, me siento muy afortunado. No se me ocurre otro que me habría brindado la oportunidad de charlar sobre la revolución cubana con Barack Obama en el mismísimo Despacho Oval, admirar la colección de ositos de peluche del encarcelado exdictador panameño Manuel Antonio Noriega, o de observar, con mis propios ojos, mientras unos indígenas aislados salían de la selva peruana, tan desnudos como dios los trajo al mundo.

Este libro es un compendio de estas historias y muchas otras más. Consiste de una selección de mis principales trabajos sobre América Latina a lo largo de una década, del año 2010 al 2020, y espero que sirva como una suerte de estampa de la época. Contiene veinte piezas *longform* y veintiún piezas cortas originalmente publicadas en inglés en la revista *The New Yorker*. Incluye perfiles y crónicas, artículos de opinión, obituarios y reportajes sobre temas contemporáneos. Hay textos sobre Cuba, Venezuela, Brasil, Haití, México, Colombia, Nicaragua, Perú, Bolivia, Chile, Argentina, Panamá, El Salvador y Puerto Rico. Aparte de figuras como Obama y Noriega, aparecen García Márquez, Fidel y Raúl Castro, Hugo Chávez y Nicolás Maduro y Juan Guaidó; Lula y Dilma, Bolsonaro, Evo Morales, Daniel Ortega, Cristina Kirchner, Salinas de Gortari y López Obrador. Hay también personajes coloridos como el pícaro cantante y presidente haitiano Micky Martelly, el sicario colombiano Popeye, el malandro venezolano El «Niño»

Daza, los veteranos guerrilleros Timochenko y Carlos Antonio Lozada; escritores de la talla de Sergio Ramírez, Pedro Juan Gutiérrez y Leonardo Padura, y héroes y heroínas como John Feeley, un gringo con *swing* latino que sacrificó su carrera diplomática por no querer servirle a Trump, y Nadia François, una carismática haitiana deportada de Estados Unidos que vive en un tugurio llamado «Fidel».

¿Qué quiero decir con «los años de la espiral»? Vamos a ver. A mi juicio, la segunda década del siglo estuvo matizada por la volatilidad, además de por la decadencia o desaparición de algunas tendencias anteriores, así como por la entrada en escena de nuevos patrones, no todos positivos. Ha sido un periodo confuso, de golpes y sucesos inesperados, tan descendente como ascendente, sin rumbo fijo. O sea, una época que se mueve como en espiral.

Fue la década del eclipse de la flamante «marea rosa» de la década anterior, cuando llegaron al poder líderes de izquierda en una decena de países de las Américas, que juntos parecían cambiar el rumbo político del hemisferio. Murieron líderes emblemáticos como Fidel Castro y Hugo Chávez, mientras que Correa, Dilma, Lula y Evo cayeron en desgracia. Junto con el ascenso de Nicolás Maduro en Venezuela ha venido la catastrófica agonía de la llamada «revolución bolivariana».

A cambio hemos visto la llegada de actores nuevos, incluyendo populistas de derecha como Jair Bolsonaro, Nayib Bukele y Jeanine Añez, y una preocupante degradación política por toda la región, acelerada por el viraje radical en la política de los Estados Unidos, cuando terminó la presidencia de Barack Obama y llegó el demagogo Donald Trump. En un principio la excepción a esta tendencia parecía ser Andrés Manuel López Obrador, un izquierdista tradicional quien llegó al poder en México en la era Trump, pero una vez en la presidencia, ha optado por un papel inusual con aires de gurú

místico, algo más Khalil Gibran que Hugo Chávez, digamos, con un comportamiento de papá sabelotodo hacia sus ciudadanos y de apaciguamiento hacia Trump.

La de 2010-2020 ha sido la década de la corrupción, de los casos Odebrecht y los Panama Papers y otros escándalos, que han traído como resultado destituciones, arrestos y hasta encarcelamientos de presidentes y altos funcionarios en Perú, Argentina, Guatemala, El Salvador, México y Brasil, por nombrar algunos países.

Entre otras cosas, América Latina obtuvo el récord mundial por convertirse en la región con más homicidios y crimen violento, además del peor rendimiento económico, y una de las que alberga las mayores desigualdades sociales. Consolidó su posición como la cuna mundial del narcotráfico, con la economía de la cocaína prácticamente apoderándose de algunos países. Los infames cárteles en México y Colombia ya son verdaderos ejércitos, pues se encuentran organizados militarmente; en Brasil y Venezuela, las bandas criminales campan a sus anchas, tanto en las ciudades como en el campo; en varios países de Centroamérica y del Caribe, los tentáculos de los narcos se extienden desde los bancos y juzgados y departamentos policiales hasta, en algunos casos, los mismos palacios presidenciales.

El éxodo latinoamericano también continuó, pero con algunas variantes significativas. Millones de personas huyeron de sus países, escapando del crimen, el desamparo y la falta de oportunidades, y la mayoría lo hizo, como en décadas anteriores, hacia las oportunidades que ofrecen los Estados Unidos. Pero ese mismo flujo de personas se convirtió en una piedra de toque para el fenómeno Trump, y una escalada de racismo y xenofobia en aquel país. Con su victoria electoral y políticas agresivas en contra de los inmigrantes, incluyendo la separación de familias indocumentadas y el enjaulamiento de niños en prisiones fronterizas, Trump ha cambiado las reglas de juego, por no hablar de la imagen de los Estados Unidos en la región. Y como un agregado a esta situación está el desplome

venezolano, donde uno de cada seis habitantes han huido de su país colapsado, convirtiéndose en ubicuos *homeless* y buscavidas de las ciudades en el resto del continente.

Y si bien lo siguiente había comenzado desde antes, en esta década China incrementó enormemente su presencia en América Latina, estableciendo relaciones comerciales anuales valuadas en cientos de miles de millones de dólares, una creciente presencia diplomática y una manifiesta voluntad de competir con los Estados Unidos por influencia en la región.

Fue también la década en que el mundo se dio cuenta de que el cambio climático es un fenómeno real, y empezó a tomarse en serio la quema y destrucción inexorable de las selvas de la Amazonía. Al finalizar la década, el hemisferio vio una oleada de estallidos sociales, desde Chile, Ecuador y Colombia hasta Nicaragua y Puerto Rico. El detonador inicial en común para la mayoría de estos exabruptos fueron las políticas económicas de los gobiernos, pero se convirtieron rápidamente en manifestaciones de inconformidad existenciales sobre flaquezas endémicas. La mayoría de estas naciones ya son formalmente democráticas, pero están fuertemente aquejadas por culturas de corrupción oficial, desigualdades, inseguridad pública, y profundas deficiencias en el Estado de derecho.

Hay una tendencia hacia el populismo autoritario y creciente militarización en las sociedades latinoamericanas, y en los últimos años esto se ha acentuado notablemente. Más allá de los países tradicionalmente caudillescos como son Cuba, Venezuela y Nicaragua, el fenómeno se ha extendido para abarcar a Brasil, Bolivia, El Salvador, Honduras, Haití y Colombia, y ahora hasta México. No parece ser coincidencia que todo esto esté sucediendo al mismo tiempo en que la democracia en Estados Unidos —el supuesto modelo a seguir en la región— ha caído en un fuerte deterioro bajo el mandato de Trump.

Las protestas terminaron en su momento con el retiro de las políticas impopulares que las ocasionaran por parte del gobierno —o con represión policial—, pero se trató de soluciones

provisionales frente a problemas estructurales; flotando sobre todo el hemisferio hay todavía una aureola de cuentas pendientes. Entre otras cosas, la llegada de la pandemia del Covid-19 ha agudizado los problemas que existían antes, y es lógico pensar que eventualmente se producirán nuevos estallidos, que quizá sean incluso más explosivos que los anteriores.

Entre proyecciones de optimismo y cautelosas adivinanzas, todo el mundo especula sobre la «nueva normalidad» que llegará en la era post-pandemia. ¿Será que esto es posible? Ello porque, tras una década de volatilidad interminable, ¿qué es lo normal?

Quisiera realizar algunas observaciones sobre las historias contenidas en este libro. Lo primero es que, como verán, comienza con Haití y el terrible terremoto que sufrió ese país en enero de 2010.

Fui a cubrir el desastre por varias razones, pero la principal es que la necesidad me surgió en las vísceras. Haití estaba en mi conciencia desde hacía un tiempo por saber que ese país, el primero en el mundo liderado por esclavos que conquistaron su libertad, es también el más pobre y desdichado de las Américas, y porque comparte una cercanía geográfica con mi país, el más rico y poderoso del mundo. Y también por el hecho de que mi familia vivió en Haití antes de que yo naciera. Mi hermana mayor, Michelle Dominique, nació en Port-au-Prince, y antes de que se convirtiera en el temido dictador Papa Doc y destruyera su país, Françoise Duvalier fue el médico preferido de la embajada norteamericana, y fue el que le administró sus primeras vacunas a mi hermana.

«La buena samaritana» es un intento por aproximarme a Haití a través del desastre, y la historia de la haitiana Nadia Françoise es un reflejo del fracaso estadounidense en auxiliar a su vecino pobre, ya que ella había vivido ahí como niña indocumentada, y desde entonces fue deportada una y otra vez.

Pero la historia de Nadia también rompe moldes, porque la de ella es la historia de una mujer que no sólo logra sobrevivir sino ayudar a sus vecinos en las circunstancias más adversas.

«El señor de la miseria» es la crónica de una barriada vertical a partir de una invasión para ocupar una torre financiera de Caracas abandonada, conocida como la Torre de David. Si bien formalmente la pieza es la historia de aquella torre y una semblanza del «Niño» Daza, el «malandro» que lidera la comunidad, es también una mirada descarnada a los fracasos de la llamada «revolución bolivariana» de Hugo Chávez.

Si bien la década empezó con diversos desmoronamientos, lo que le siguió fue una cronología obtusa de avances sorprendidos, seguidos por retrocesos igualmente inesperados. El deshielo entre Cuba y Estados Unidos anunciado en diciembre 2014 me extrajo de mi inmersión en el Medio Oriente y África, cuyas revueltas habían ocupado urgentemente mi atención desde la mal llamada «Primavera Árabe», lo cual representó un vuelco bienvenido, que me apartó de las crueldades y odios del viejo mundo para acercarme a lo que prometía ser un nuevo porvenir en las Américas.

A partir del 2015 me dediqué completamente a América Latina, otorgándole especial atención a Cuba. Me emocionó fuertemente la distensión acordada entre Barack Obama y Raúl Castro, pues había pasado una vida entera frecuentando una América Latina convulsionada y pulverizada por la secuela de la revolución cubana y la reacción antagónica de Estados Unidos y sus regímenes aliados. Fue todo un deleite observar un esfuerzo diplomático serio por revertir toda esa historia negativa, así como encontrarme en una región en donde la noticia no era la hecatombe, sino una nueva esperanza. La crónica «Una nueva Cuba» fue la apoteosis de este periodo feliz.

Pasé también mucho tiempo en Colombia, gracias al acuerdo de paz entre la guerrilla más antigua del hemisferio, las FARC, y el gobierno colombiano de ese entonces, en un proceso también respaldado por la comunidad internacional y, notablemente, producido con el apoyo de los gobiernos de

Cuba y Estados Unidos. Fue grato seguir el proceso de cerca y llegar a conocer a algunos guerrilleros que habían pasado décadas de sus vidas peleando, pero que ahora se disponían a declarar la paz. Mi crónica «La guerrilla colombiana sale de la selva» es la historia de aquella dramática transformación, contada a través de uno de los jefes guerrilleros, Carlos Antonio Lozada, tanto antes como después de que hubiera depuesto las armas.

El final de este periodo «feliz» empezó a revelarse en octubre del 2016, cuando el plebiscito sobre el acuerdo de paz colombiano produjo un triunfo de la mayoría que se negaba a aceptarlo, gracias a una campaña encabezada por el expresidente ultraderechista, Álvaro Uribe Vélez. Estuve en Medellín ese día, y al conocer el resultado, una amiga colombiana me dijo: «Jon, ya sabes. Esto significa que Trump va a ganar».

En ese momento no le di crédito a esa predicción. La candidatura del fanfarrón neoyorquino parecía una mala broma hasta entonces, pero mi amiga colombiana tuvo razón. Trump ganó, y tan pronto asumió al poder, todo comenzó a deteriorarse, desde el respeto por la institucionalidad democrática, como las propias forma y conducta presidencial. En cuanto a las relaciones internacionales, Trump pronto comenzó a desbaratar todo lo hecho por Obama, incluida la distensión con Cuba.

Cabe recordar que Trump creó su «base» populista a partir de sus ataques en contra de los inmigrantes, principalmente dirigidos hacia los mexicanos, así que tan pronto ganó la presidencia, decidí trasladarme a México para procurar plasmar la nueva realidad en la era de Trump. El primer resultado de ese esfuerzo es la crónica «Cómo lidia México con Trump», misma que también me llevó a reportear sobre la campaña presidencial de Andrés Manuel López Obrador, o AMLO, quien finalmente ganó las elecciones mexicanas dos años más tarde. Esa historia se encuentra narrada en la crónica: «Una nueva revolución en México».

Mas allá de México, casi todos mis trabajos a partir de las elecciones norteamericanas de 2016 han tenido un ojo puesto

en Trump y su influencia en la región, ya que representó un viaje tan radicalmente contrario, y casi por completo negativo, en comparación con la política de Obama hacia la región. De ahí se destaca el perfil que hice del diplomático norteamericano John Feeley, el entonces embajador en Panamá, que de forma pública y valiente renunció a su puesto —y se retiró del gobierno norteamericano, despidiéndose de su carrera— como reacción a las imposiciones y el racismo manifiesto de Trump.

La otra pieza que está vinculada a toda esta descomposición diplomática es «El misterioso síndrome de La Habana», que escribí junto con un colega del *New Yorker*, Adam Entous, un reportero con muy buenas fuentes en Washington y un gran periodista de investigación. Lo de trabajar junto con alguien más y compartir el «byline» fue una experiencia nueva y se ha hecho muy pocas veces en la historia del *New Yorker*, pero nos funcionó bien, creo, en esta historia, que intenta retratar cómo se produjo el deterioro de las relaciones entre Estados Unidos y Cuba —coincidiendo con la victoria electoral de Trump— a partir de unos misteriosos «ataques sónicos» que afectaron a diplomáticos y espías en la embajada gringa de La Habana. No conseguimos llegar a una conclusión concreta; no hay una «smoking gun», así que se trata, finalmente, de la historia de un misterio, al mismo tiempo que contiene una narrativa del fin del naciente *entente cordial* entre las dos naciones. A diferencia de la era Obama que intenté retratar en «Una nueva Cuba», la relación esbozada en esta pieza es de creciente suspicacia y hostilidad.

Coincidiendo con la muerte de Hugo Chávez por cáncer, en 2013, las cosas en Venezuela empezaron a deteriorarse de manera mas contundente. La caída en el precio mundial del petróleo complicó el mandato de su sucesor, Nicolás Maduro, y muy pronto empezaron los enfrentamientos entre una oposición cada vez más airada y exigente y un régimen cada vez mas autoritario. Mis encuentros con Maduro y su entorno en un momento álgido en 2017 devinieron en la crónica «La revolución acelerada de Nicolás Maduro». Un año y medio

después volví a raíz del alzamiento del joven político opositor y autoproclamado presidente, Juan Guaidó, y la surreal situación que se produjo, y escribí la crónica titulada «Los dos presidentes de Venezuela».

Hoy, el desastre de la revolución bolivariana sirve de pancarta para políticos conservadores en otros países, que buscan advertir sobre los peligros del socialismo. Después de la implosión de Venezuela, el fallecimiento de Fidel Castro, el gran icono de la izquierda en América Latina durante cinco décadas, en 2016, fue quizás el tiro de gracia para lo que quedaba de la «marea rosa». Pero hay pocas realidades más emblemáticas de la decadencia de la izquierda que la farsa en que se ha convertido el régimen «sandinista» de Daniel Ortega y su excéntrica mujer y co-presidenta, Rosario Murillo. El negocio pactado entre los Ortega y Wang Jing, un misterioso multimillonario chino, para construir un gran canal a través de Nicaragua, reveló el grado de autoritarismo y corrupción de la Primera Familia como pocas cosas antes. Esta historia está narrada en «El canal del comandante». Al final, todo este asunto no llegó a nada, o, como dijo el gran novelista Sergio Ramírez fue sólo «un cuento chino», pero las cosas no mejoraron en Nicaragua. En una segunda crónica, «*Fake News* y disturbios en Nicaragua», demuestro la perversión de la causa sandinista a través de la ola de represión desatada por Ortega y Murillo en contra de estudiantes y opositores de la sociedad civil en 2018.

La corrupción es el gran lastre en América Latina, y en algunas piezas como «La vida secreta de Ciudad de Panamá», que contiene una entrevista con Cristina Kirchner, u otra titulada «La cultura de la corrupción en Argentina», intento reflejar cómo ese mal —independiente inclusive de Trump— terminó por carcomer tanto a la izquierda como a la derecha y de minar las frágiles democracias de América Latina.

Mi encuentro con Noriega —plasmado en «Manuel Noriega, un gandul de otra época»— quizás ofrece un guiño a lo que resultó ser un preámbulo de la posterior decadencia de

la izquierda; la ambigüedad ideológica de Noriega, de algún modo, terminó siendo la norma en muchos de los regímenes de la década, incluidos los que supuestamente eran «revolucionarios».

Otra pieza que quizás provoca una reflexión acerca de lo mismo podría ser «La vida eterna de Pablo Escobar», donde escribí sobre el pujante legado póstumo del legendario narcotraficante, de quien quizás vale la pena recordar que cuando ingresó en la política colombiana en los años ochenta, inicialmente se presentó como un Robin Hood «antimperialista».

Con el colapso de la izquierda y bajo la sombra de Trump, hemos presenciado el auge de una derecha populista y descarnada en el hemisferio, de manera más destacada y notoria, claro está, en el Brasil del exmilitar ultraderechista, Jair Bolsonaro. En «La estrategia sureña de Jair Bolsonaro», escribo sobre su llegada al poder y las primeras consecuencias de su estrambótico mandato. Desde el final de 2019, la derecha también ocupa el poder en Bolivia con la llegada al poder de la señora ultracatólica Jeanine Añez, producida tras el derrocamiento y huida de Evo Morales, uno de los últimos veteranos de la «marea rosa». El drama boliviano está narrado en la última historia del libro, «El palacio quemado».

Finalmente, está el cada vez mas urgente desgaste medioambiental producido por las actividades humanas de rapiña y de extracción dentro de los bosques y selvas y ríos del continente. A causa de ello, en los últimos años he sentido la urgencia de escribir sobre lo que está pasando, y cómo se han puesto en riesgo los últimos reductos de vida silvestre impoluta, junto con sus habitantes indígenas originarios. En «Una tribu aislada emerge de la selva» se narra la odisea de unas familias indígenas que empezaron a salir de la selva cien años después de que sus tatarabuelos fueran masacrados por caucheros como el notorio Fitzcarraldo. De la misma forma, en «Oro sangriento en la selva brasileña», he intentado demostrar el dilema existencial para los indígenas kayapó cuando la fiebre del oro llega a su reserva.

Gabo siempre tenía una broma o frase lapidaria para salir del paso en las situaciones difíciles, y así casi siempre tenía la bondad de ofrecer algún consuelo. El otro día encontré una frase suya que quizás sea de lo más idónea para entender a estos desafiantes años de la espiral: «La vida no es sino una continua sucesión de oportunidades para sobrevivir».*

* Este texto fue escrito originalmente por el autor en español.

LA BUENA SAMARITANA

31 de enero de 2010

La mañana del lunes 18 de enero salí en coche con Frantz Ewald, pintor nacido en Haití, desde la colina que ocupa el suburbio de Pétionville, donde me alojaba, hacia Puerto Príncipe. Habían pasado seis días desde que se produjera el terremoto y la ciudad seguía sumida en el caos. Mientras los rescatistas removían escombros en busca de sobrevivientes, los habitantes recorrían las calles tratando de conseguir agua, comida y gasolina. En Pétionville había una gasolinera abierta y por la mañana se había formado una larga fila de coches; entre ellos se veían hombres y mujeres a pie, sosteniendo bidones de plástico y esperando con ansias su turno de usar la bomba. Una mujer mayor se acercó a la gente que hacía fila y pidió ayuda respetuosamente. El cadáver calcinado de un hombre, un supuesto ladrón, yacía en la banqueta al otro lado de la calle, frente a un banco. Tenía la cabeza aplastada y las piernas extrañamente dobladas detrás suyo, y un montoncito de basura se había ido formando a su alrededor. Al pasar por ahí, la gente se tapaba la nariz y la boca con la mano, por el olor. A unos pocos metros de distancia, unos jóvenes vendedores ambulantes ofrecían tarjetas de prepago de una compañía telefónica a los automovilistas que pasaban.

Frantz y yo íbamos en su camioneta Toyota negra, y no habíamos avanzado mucho cuando frenamos para dejar pasar a un grupo de adolescentes que cruzaba la calle frente a nosotros. Los guiaba una mujer joven y alta, vestida con una blusa blanca y una falda larga y negra. La seguían como si fuera una especie de Flautista de Hamelín. Al pasar frente a nosotros, la mujer nos miró de reojo con agradecimiento, y continuamos.

Cuatro o cinco horas después, en la planicie que rodea el aeropuerto de Puerto Príncipe, vimos de nuevo a esa mujer y a sus seguidores. Formaba parte de una aglomeración de curiosos a las puertas del aeropuerto, donde los aviones de la ONU y de Estados Unidos aterrizaban más allá del pequeño edificio de la terminal. Nos detuvimos y la saludamos con un gesto, y ella nos habló —para nuestra sorpresa— en inglés, con un acento del sur de los Estados Unidos. Dijo que se llamaba Nadia François y que era de Delma 75 —un barrio situado a unos ocho kilómetros, en lo alto de las colinas—. Había bajado, dijo, en representación de unas trescientas personas de allí que necesitaban ayuda. Nos tendió un papel con un mensaje escrito a mano que acreditaba su misión, firmado y sellado por un pastor protestante. Nadia había guiado a su grupo hasta el aeropuerto tras escuchar que el ejército estadounidense estaba repartiendo comida.

Le dijimos a Nadia y a sus acompañantes —nueve en total— que se subieran a la parte de atrás de la camioneta, y nos fuimos a buscar comida. Pese a los rumores que habían atraído a cientos de haitianos hasta la carretera del aeropuerto, donde se habían reunido y vigilaban esperanzados, nadie repartía comida en aquel lugar. Seguimos hasta un campo cercano donde había tiendas de campaña y suministros de ayuda marcados con banderas de doce países distintos, o más, pero aquello era un campamento, no un punto de distribución de víveres. Le preguntamos a un soldado del cuerpo de paz dónde podíamos encontrar ayuda; dijo que no sabía. Alguien nos dijo que estaban repartiendo comida en una fábrica cercana, donde los dominicanos habían instalado una base, así que fuimos hacia allá.

La primera ayuda en llegar a Haití, la más visible, provino de la vecina República Dominicana. Cuando entré al país por primera vez, a primera hora de la mañana del 15 de julio, atravesé la frontera junto a una larga fila de vehículos que transportaban suministros de ayuda. Había también una caravana de camiones, conducidos por soldados, en los que se leían mensajes anunciando que el envío era un gesto personal del presidente dominicano, Leonel Fernández.

Ahora se estaba consolidando una vasta red de auxilio internacional. Cada día llegaban equipos de rescate y de ayuda humanitaria provenientes de todo el mundo: de España, Francia, Rusia, Israel, Venezuela y Cuba, así como de los Estados Unidos. Apareció por ahí un grupo de científicos con camisetas amarillas, lo mismo que uno de los Caballeros de Malta. Incontables toneladas de ayuda habían llegado en avión o estaban en camino. Pero la distribución de víveres era caótica y las masas desesperadas terminaban desbordando cada punto de entrega. Por toda la ciudad había pancartas y cartulinas pidiendo ayuda. Sólo los más pacientes y motivados parecían obtenerla.

Nadia contó que había crecido en Miami con su familia. Dijo que tenía 36 años, «casi 37», y hacía sólo dos que había regresado a Haití. Le pregunté por qué había vuelto. Esbozó una sonrisa compungida y dijo que «había sido mala» y que había tenido «dificultades migratorias». Durante la última semana se había convertido en el principal medio de subsistencia de su comunidad. Bajaba todos los días hasta el centro de la ciudad e intentaba regresar con comida y otras provisiones básicas.

En el almacén dominicano de alimentos, los miembros de un destacamento peruano del cuerpo de paz de la ONU se aferraban nerviosamente a sus escudos de acrílico y sus rifles de asalto mientras intentaban contener a una gran muchedumbre de haitianos que se habían juntado a ambos lados de la reja de entrada. Los soldados estaban agobiados, con las caras rojas, y cuando detuvimos el coche para hablar con ellos respondieron a gritos, como si el ruido de la multitud los hubiera ensordecido. Los convencimos de que nos dejaran pasar y adentro encontramos una escena tumultuosa: iban y venían camiones, y los civiles que se habían colado a la entrada se mezclaban con policías haitianos, soldados dominicanos y, enfundados en sus camisetas amarillas, decenas de voluntarios del haitiano Ministerio de la Condición Femenina —legado de la presidencia populista de Jean-Bertrand

Aristide—. Había una funcionaria del ministerio en el muelle de carga del almacén, donde apilaban desordenadamente la ayuda humanitaria en los camiones.

La ayuda consistía en bolsas de plástico con las provisiones básicas para mantener a una familia por un día: arroz, harina de maíz, frijoles, sardinas y salchichas de Viena. La funcionaria llevaba un vestido estampado con una pañoleta a juego en la cabeza y unos grandes lentes de sol, y hablaba por su teléfono celular con atención y sin pausa. A su alrededor se producían discusiones mientras que personas no autorizadas intentaban saltarse la última barrera para llegar a los víveres del muelle de carga. Una mujer de aspecto feroz que llevaba un paliacate puesto llegó hasta allí y comenzó a gritar que quería comida. Un soldado le dio un empujón. Ella le gritó al soldado y él la empujó de nuevo. El soldado se quejó de que la mujer había estado allí el día anterior y estaba robándose los víveres para lucrar con ellos.

Un coronel del ejército dominicano, de aspecto desdichado, intentaba supervisar todos los procedimientos. Le dio permiso al grupo de Nadia para tomar algo de comida y después añadió, con un ligero tono de disculpa, que tenía órdenes de distribuir la comida a través del gobierno haitiano, y que por tanto no tenía permiso de entregarla directamente a la gente de la ciudad. El coronel nos condujo hasta la funcionaria del ministerio, quien se quitó el celular de la oreja y nos prestó atención mientras exponíamos nuestro caso. La funcionaria miró a Nadia con severidad, asintió con la cabeza y volvió a su teléfono.

Cargamos unas setenta u ochenta bolsas en la camioneta, las aseguramos con unas correas de plástico amarillo para transporte de mercancía y nos dirigimos hacia el portón. Afuera el gentío era aún mayor y los soldados estaban alterados. Nos gritaron que aceleráramos y que no nos detuviéramos por nada, ya que la gente podría lanzarse sobre nuestro vehículo para obtener alimentos. Pisamos el acelerador a fondo y logramos pasar a la multitud; de camino hacia las colinas

condujimos con precaución por calles secundarias. Al cabo de unos pocos kilómetros nos detuvimos en una calle de clase media, flanqueada por árboles, en la que había un espacio baldío entre las casas, en una curva del camino. Un precario toldo multicolor, hecho de sábanas y lonas, cubría aquel espacio y, a su sombra, un gran número de mujeres y niños descansaba sobre colchonetas que habían sido dispuestas sobre el pavimento.

En un extremo del toldo terminaba la calle y el asfalto se interrumpía abruptamente. Más abajo, en un barranco de unos diez metros de profundidad y unos treinta metros de ancho, se encontraba la comunidad de Nadia: Fidel —bautizada así en honor a Fidel Castro, según nos explicó—, donde vivían ella y otras cien personas. (Delma 75, me di cuenta entonces, era la calle que pasaba frente al barranco y que aparecía en los mapas de la ciudad; la comunidad Fidel estaba al margen de la oficialidad). Era un lecho de río seco, lleno de piedras, cubierto por una geometría de viviendas de bloques de concreto y trozos de lámina, una de las cuales era la casa de Nadia: una estructura de cemento de unos cuatro metros cuadrados que rentaba por el equivalente a trescientos dólares al año.

La mayoría de los habitantes de Fidel se habían mudado calle arriba para dormir bajo el toldo. Vivían con temor de las continuas réplicas y no querían estar en el barranco si se producía otro terremoto. Nadia señaló una sección rota de un muro de hormigón y piedra en el extremo de la cañada; alcancé a ver allí los cimientos de un desarrollo residencial incompleto. Nadia contó que los habitantes de Fidel le habían pedido al promotor inmobiliario que no levantara el muro tan cerca del borde del barranco, pero que el hombre los había ignorado. Durante el terremoto, una sección del muro se derrumbó sobre la vecina de Nadia, la golpeó en la cabeza y la mató.

Desde la camioneta, Nadia pidió ayuda y un grupo de niños y jóvenes pronto empezó a llevar las bolsas de comida hasta una pequeña y rudimentaria iglesia protestante, la Église Pancotista Sous Delovy. La iglesia, construida en un costado

del barranco, estaba hecha de láminas encontradas, pintadas de azul y rosa. El altar y los bancos ocupaban una empinada escalera de concreto, al fondo de lo que parecía prácticamente un pozo. Mientras Nadia vociferaba órdenes a los jóvenes, el pastor, Jean Vieux Villers, prometió que se encargaría de que la comida se distribuyera de manera justa; todos parecieron contentos con el acuerdo.

De acuerdo con Verner Lionel –un vecino de Nadia–, Fidel fue fundada 32 años atrás, en paralelo al desarrollo del área en la cima de los barrancos. Lionel era considerado un líder en Fidel porque, a sus 52 años, era el más viejo de todos. Como muchos hombres en Fidel, era un trabajador itinerante de la construcción y hacía un poco de todo. Había llegado en los años setenta, contratado por una promotora inmobiliaria –una mujer a la que él llamaba Prosper, quien le permitió construirse una casucha para sí mismo en el barranco; después llegarían otros–. Actualmente viven allí unas ochocientas sesenta personas, según los cálculos de Nadia. Los haitianos tienen familias grandes: las agencias de ayuda internacional suelen estimar cinco o seis personas por familia, y algunas tienen muchas más. Casi la mitad de los nueve millones de habitantes del país tienen menos de dieciocho años.

Nadia señaló a las mamás, niños y bebés de la carpa y dijo que había que hacer algo por ellos. «Lo que pasa», dijo con un tono de exasperación afectuosa, «es que estos haitianos no saben qué hacer». El problema inmediato era que la gente de Fidel normalmente compraba su agua a un camión cisterna, pero éste no había aparecido desde el 12 de enero, antes del terremoto, y ya no había ningún acceso sencillo al agua potable. (Éste era un problema muy extendido; incluso antes del terremoto, la mitad de la población haitiana carecía de una fuente confiable de agua). Tampoco había comida ni medicamentos, dado que no había trabajo y nadie tenía dinero ahorrado. Esta gente era pobre; como muchos de sus compatriotas, incluida

Nadia, vivían por debajo del umbral de la pobreza y había sido así desde mucho antes del terremoto.

Haití ha vivido en un estado de lucha constante desde que se independizó de Francia, en 1804. Es el país más pobre del hemisferio occidental; el 78% de la población vive con menos de dos dólares estadounidenses al día, y el 54% con la mitad de eso. Sus exportaciones tradicionales —café y azúcar— se han hundido, y su manufactura lleva décadas en declive. El país ha padecido disturbios, episodios de violencia atroz y, con una regularidad deprimente, revueltas políticas lideradas por una sucesión de sátrapas y ladrones: Papa Doc, Baby Doc, el cura Aristide.

Por si eso fuera poco, parece que la naturaleza se ensaña especialmente con Haití. Entre junio y octubre lo sacuden tormentas severas y huracanes. En un lapso de sólo dos meses, durante el verano de 2008, el país fue golpeado por la tormenta tropical Fay, el huracán Gustav, la tormenta tropical Hanna y el huracán Ike, que en conjunto dejaron un total de ochocientas mil personas sin hogar y dañaron severamente la infraestructura nacional.

Haití depende mucho de la ayuda internacional, pero muy poco de ese dinero contribuye al desarrollo sostenido y a menudo la ayuda se suspende por razones políticas. La mayoría de los empleos son en el área de la agricultura; con el hundimiento de las exportaciones, casi cien mil haitianos al año han tenido que desplazarse del campo a Puerto Príncipe. Allí trabajan, sobre todo, en el sector «informal»: como botones, jornaleros, limpiabotas y vendedores callejeros. Incluso esos trabajos han desaparecido ahora.

Un día, al volver de la pequeña oficina de cemento de la policía judicial, cerca del aeropuerto, convertida en sede provisional del gobierno de Haití, Frantz y yo pasamos frente al cementerio de Puerto Príncipe. Había cadáveres por toda la ciudad —tendidos en las esquinas y a veces tirados en mitad de

las avenidas—y, en la oficina, el alcalde de Puerto Príncipe y el Ministro de Salud me habían informado que estaban haciendo todo lo posible por recogerlos. Lidiar con los cadáveres era, a fin de cuentas, lo único que podía hacer el gobierno haitiano. El primer ministro, Jean-Max Bellerive, me había dicho que las excavadoras y los camiones de basura habían recogido unos setenta mil cadáveres y los habían enterrado en cuatro fosas comunes, dentro y fuera de la ciudad. Uno de esos lugares era el cementerio principal.

Conforme nos acercábamos, vi tres cuerpos bocabajo sobre el lodo, en un hueco del muro. Dos de ellos parecían ser mujeres, una muy joven. Los otros cadáveres que había visto en Puerto Príncipe estaban distendidos y cubiertos de ampollas por el calor. Éstos estaban frescos, sin heridas visibles. Me recordaron a las fotografías que había visto de las víctimas de los escuadrones de la muerte en El Salvador. Una pestilencia sofocante impregnaba el aire, incluso dentro de la camioneta.

Tumbado junto a la pared del cementerio había un hombre joven, empapado en sangre de pies a cabeza; la sangre también había formado un charco a su alrededor, en la banqueta. Estaba tendido sobre un costado, con un codo apoyado en el piso para sostener su cabeza con la mano. Justo por encima de él, en la pared, había un anuncio color rojo brillante de celulares Nino, y al lado un crucifijo en relieve dentro de un círculo. «Creo que sigue vivo», dijo Frantz. Un grupo de gente se agolpaba en el camellón para mirarlo. Uno de ellos dijo: «Es un ladrón. La policía lo ejecutó y lo vino a tirar aquí. Y éstos también», añadió señalando los cadáveres frescos. «Son ladrones».

Durante el terremoto, cientos de reos escaparon de la penitenciaría nacional, a sólo unas cuadas del Palacio Presidencial y del cementerio. Entre los prófugos había delincuentes comunes y algunos de los líderes pandilleros más violentos de Puerto Príncipe. Los saqueadores—miles de ellos, según algunos reportes— arrasaron la Grand Rue, principal zona comercial, y otros lugares de la ciudad. La policía se vio en apuros para responder, pues había perdido la mitad de sus agentes en

el área de Puerto Príncipe. Yo había oído reportes de policías que disparaban contra los ladrones y de saqueadores asesinados por justicieros. En el barrio en el que me quedaba sonaban disparos por la noche, y llegaron a correr rumores sobre unos secuestradores nocturnos que se robaban a los bebés y los vendían para adopción —abduciéndolos, supuestamente, mientras dormían al descubierto en las calles—. Un día vi a un hombre amarrado a un poste, despedazado a machetazos y asesinado a pedradas.

El hombre de la banqueta se sacudió; su pecho se alzó y descendió lentamente un par de veces. Una excavadora amarilla llegó por la avenida, y un hombre de aspecto rudo, que caminaba delante de ella, la guio hasta los tres cadáveres tirados en la hendidura del muro. En medio de intensos ruidos y de humo, la excavadora los recogió con su pala metálica y luego, con varios movimientos bruscos, los dejó caer en un montículo de lodo amarillo que se alzaba a unos cinco metros por dentro del muro. En menos de un minuto los cuerpos habían desaparecido. La excavadora volvió por la banqueta e hizo descender su pala. Pero antes de que pudiera recoger al hombre herido, el trabajador que dirigía las operaciones se acercó a él. Al ver que el hombre seguía con vida, hizo señas para que la excavadora se alejara. Mientras la máquina retrocedía con gran estrépito, le preguntamos qué pensaba hacer con el hombre herido. «Yo sólo soy responsable de los muertos», dijo, y se fue caminando.

Cuando se produjo el terremoto, Nadia trató de salir corriendo de la barranca. Iba a la mitad de las toscas escaleras de concreto que llevan hasta la calle cuando escuchó gritos cerca de su casa. Volvió corriendo y vio a su vecina muerta bajo el montón de bloques de hormigón. La vecina tenía un hijo de siete meses. «Dije: "¿Dónde está el bebé, dónde está el bebé?" y lo vimos ahí tendido en el suelo». La mujer había logrado lanzar a su hijo hasta un lugar seguro mientras la sepultaban